



DISPARARLE A UN ELEFANTE

George Orwell

En Moulmein, en La Baja Birmania yo era odiado por un buen número de personas y fue esta la única vez en mi vida que fui tan importante como para merecer que esto sucediera. Era oficial de la subdivisión de policía en el pueblo y de un modo general, mezquino y vago, el sentimiento anti-europeo era bastante amargo. Nadie tenía las agallas de iniciar una sublevación, pero si una mujer europea se internaba sola por los barrios de tiendas, se exponía a que cualquiera escupiera jugo de betel sobre su vestido. Como oficial de policía yo era un blanco natural y era acosado cada vez que había la oportunidad de hacerlo sin exponerse.

En el campo de fútbol, por ejemplo, si un ágil birmano me daba una zancadilla en momentos en que el referí (otro birmano) miraba para otro lado, el público clamaba con horrible hilaridad. Esto sucedía con frecuencia. Por último, las burlonas caras amarillas de los jóvenes que encontraba en cualquier parte, los insultos lanzados a mi paso cuando quienes lo hacían estaban a una distancia segura, acabaron poniéndome en un insoportable estado de nerviosismo. Los jóvenes monjes budistas eran los peores. Había varios miles en la región y ninguno de ellos parecía tener otra ocupación que pararse en las esquinas a mofarse de los europeos.

Todo esto era desagradable y desconcertante. Pues en ese tiempo yo me había convencido de que el imperialismo era un asunto vil y de que cuanto más pronto dejara mi empleo para deshacerme de él, tanto mejor sería. En teoría —y secretamente, por supuesto— yo estaba por completo de parte de los birmanos y totalmente en contra de los ingleses, sus opresores. En

cuanto al trabajo que hacía, lo odiaba más furiosamente de lo que podría explicarlo. En semejante puesto uno ve muy de cerca el trabajo sucio del imperialismo. Los miserables presos hacinados en las apesetosas celdas, las grises, amedrentadas caras de los condenados a largos plazos, las nalgas cruzadas de cicatrices de los convictos que habían sido azotados con bambúes. todo esto me deprimía, causándome un intolerable sentimiento de culpa. Pero nada podía solucionar: era joven, había recibido una pobre educación y todo cuanto podía hacer era rumiar mis problemas en el absoluto silencio a que está condenado todo inglés en Oriente. Ni siquiera me había enterado de que el Imperio Británico estaba muriendo y aún menos comprendía que en todo caso era mucho mejor que sus sucesores más jóvenes. Todo lo que sabía era que estaba atrapado entre el odio hacia el Imperio al que servía y la furia que me provocaban las mal intencionadas pequeñas bestias que se proponían hacer mi trabajo insoportable. Con una parte de mi conciencia sentía que la del British Raj era una tiranía invulnerable como algo impuesto in saecula saeculorum, sobre la voluntad de pueblos prosternados, con otra parte de ella, pensaba que la mayor diversión del mundo hubiera sido ensartar a un monje budista de un bayonetazo. Sentimientos semejantes son los productos naturales del imperialismo: pregúntesele si no a cualquier oficial anglo-indio, si es que se le encuentra fuera de la férula del servicio.

Un día sucedió algo que de una manera vaga resultó aclarar mis sentimientos. Fue un incidente sin mayor importancia, pero me dió un mejor punto de vista del que había tenido antes acerca de la verdadera naturaleza del imperialismo: los motivos reales en que se basan los actos de los gobiernos despóticos. Una mañana temprano, un sub-inspector asignado a una comisaría en el otro extremo del pueblo, me llamó por teléfono para decirme que un elefante estaba destrozando unas tiendas del barrio. ¿Me sería posible ir y hacer algo al respecto? Yo no tenía la menor idea de lo que podía hacer pero quería enterarme de los hechos. Monté a

caballo y me dirigí al sitio. Cargué mi rifle, un viejo Winchester 44, demasiado pequeño para matar un elefante, pero me dije que al menos el ruido que hiciera podría servirme in terrorem. En el camino, fui detenido por varios birmanos que me iban relatando los vandalismos del elefante. No se trataba, naturalmente de un elefante salvaje, sino de uno domado que se había vuelto "chiflado". Había estado encadenado como corresponde a su género, pero la noche anterior había roto sus cadenas y escapó. Su propietario y domador, la única persona que sabía dominarlo si se hallaba en un estado como el actual, se había lanzado en su persecución, pero había equivocado su ruta y ahora se encontraba a doce horas de camino y en la mañana el elefante había vuelto repentinamente al pueblo.

La población birmana estaba desarmada y era por tanto incapaz de contenerlo. Ya había destruido algunas chozas de palma, mató una vaca y arrasó con un puesto de frutas devorando toda la mercancía; además se había encontrado con el carro basurero municipal y, luego que el conductor saltó y escapó, lo había volcado y destruido.

El sub-inspector birmano y algunos alguaciles hindúes me esperaban en el barrio donde había sido visto el elefante. Era un barrio muy pobre, de chozas de bambú con techos de palma, que trepaban laberíntica y tortuosamente las faldas de unas colinas. Recuerdo que era un día sofocante y nublado al comienzo de la estación de lluvias. Comenzamos por interrogar a los circunstantes sobre la dirección que podría haber tomado la bestia y, como siempre, no obtuvimos la menor información precisa. Esto ocurre invariablemente en Oriente: una historia parece bastante clara a cierta distancia, pero cuanto más se acerca uno al escenario de los hechos los datos se tornan tanto más vagos. Algunos decían que había tomado por este lado, otros que por aquél y unos terceros ni se habían enterado de que hubiera siquiera un elefante. Estaba a punto de considerar toda la cosa como un montón de mentiras e invenciones, cuando a corta distancia de donde

estábamos se escucharon unos gritos. Era un grito grave horrorizado que decía: "Fuera muchachos! Vamos, fuera de ahí!" y de pronto, rodeando una choza, apareció una vieja con una varilla en la mano, apartando violentamente a un grupo de chiquillos desnudos. Otras mujeres la siguieron, dando voces y clamando era evidente que algo había por ahí que los niños no debían ver. Di vuelta la esquina de la choza y me encontré con el cadáver de un hombre tendido en el barro. Era un hindú, un coolie dravídico negro, casi desnudo y no podía llevar más de unos minutos muerto. La gente dijo que el elefante se le había lanzado repentinamente encima saliendo del otro lado de la choza, lo había cogido con su trompa y, poniéndole las patas encima, lo había sepultado en la tierra. Había comenzado la estación de las lluvias y el suelo estaba barroso y su cara había dejado una huella de un pie de profundidad y cerca de dos metros de largo. Estaba abierto de brazos, clavado de pecho en el barro y su cabeza estaba retorcida violentamente hacia un lado. El rostro bañado de barro, los ojos saltados, los dientes descubiertos y apretados en una expresión de interminable agonía. (A propósito, que jamás me digan que los muertos se ven pacíficos. La mayoría de los cadáveres que he visto tenían una expresión horrible). Las fricciones hechas por la gran bestia con su pata, habían desollado la piel en la espalda como se desolla un conejo. Tan pronto como vi el cadáver envié un mensajero a un amigo mío para que me enviara un rifle para elefantes. Ya había despachado el caballo: no quería que, enloquecido de miedo por el olor de la bestia rabiosa, me tumbara mandándose mudar.

En pocos minutos estuvo de vuelta el mensajero con el rifle y cinco cartuchos. Entretanto habían llegado algunos birmanos a decir que el elefante estaba en los arrozales de abajo, a solo unas cinco cuadras de nosotros. En cuanto me puse en marcha hacia el lugar, prácticamente toda la población del barrio salió en estampida de las casas para seguirme. Habían visto el rifle y estaban todos excitados murmurando que yo iba a matar al animal. No habían mostrado demasiado in-

terés en él mientras sólo arrasaba sus viviendas, pero ahora que iba a ser muerto la cosa era distinta. Se iban a divertir un poco, tal como lo hubiera hecho una multitud de ingleses, pero por otra parte habían pensado en la carne. Esto me producía un vago malestar. No tenía la menor intención de dispararle al elefante. Simplemente había pedido prestado el rifle por si era necesario defenderme, pero además a cualquiera lo pone nervioso tener una multitud siguiéndole los pasos. Bajé de las colinas, viéndome y sintiéndome un tonto, caminando con el rifle al hombro y una creciente multitud que me pisaba los talones. Abajo, al llegar a los arrozales había una carretera metalizada y más allá unos cenagosos campos de arroz que todavía no se habían inundado pero eran lodazales llenos de altos pastizales. El elefante estaba a unos diez metros de la carretera exponiéndonos su flanco izquierdo. No había tenido la menor noticia de nuestra presencia. Estaba arrancando grandes manojos de pasto con su trompa y golpeándolos sobre sus rodillas para quitarles los abrojos, los engullía.

Me detuve en la carretera. En cuanto ví al elefante supe con perfecta certidumbre que no debía dispararle. Es una cuestión muy seria matar un elefante que trabaja. Es comparable a destruir una inmensa pieza de una maquinaria costosa y obviamente, si uno puede evitarlo, no debe hacer estas cosas. Luego, a la distancia que lo veía pastando pacíficamente, no parecía mucho más peligroso que una vaca. Pensé entonces —y lo pienso ahora— que su ataque de “chifladura” se le estaba pasando; en cuyo caso lo que iba a hacer era vagar pastando simplemente por ahí, inofensivo, hasta tanto regresara su dueño y lo volviera al cautiverio. Más aún: yo no quería de ningún modo dispararle. Decidí que lo observaría por un rato para constatar que no le volviera al ataque y luego regresaría a casa.

Pero en ese momento miré en derredor a la multitud que me había seguido. Era un gentío inmenso, de por lo menos dos mil personas y su número crecía por instantes. Bloqueaban la carretera en varios cientos de metros por ambos lados, apretujados como moscas so-

bre una carroña. Miré el mar de caras amarillas entre las ostentosas vestiduras, caras excitadas y alegres por la promesa de un poco de diversión, todas reflejando la certeza de que el elefante iba a ser muerto. Me observaban con la expectativa con que los niños miran al mago que está por hacer un milagro. No les gustaba en absoluto, pero, rifle en mano, me había transformado repentinamente en una cosa mágica que valía la pena observar. Y de pronto me di cuenta de que, después de todo, yo tendría que dispararle al elefante. Esto es lo que la gente esperaba que hiciera y yo tenía el deber de hacerlo. Podía sentir sus dos mil voluntades imponiéndose sobre la mía, con una presión irresistible. Y fue en ese momento, mientras estaba ahí parado con el rifle en las manos, cuando por primera vez me dí cuenta de la falsedad, de la futilidad del dominio del hombre blanco en Oriente. Aquí estaba yo, el hombre blanco armado frente a la multitud de indefensos nativos, al parecer el protagonista principal de la obra. Pero en realidad yo solo era un títere absurdo, manejado a su antojo por el multitudinario público de caras amarillas. Y en ese momento también aprendí que cuando el hombre blanco tiraniza, lo que destruye es su propia libertad. Se convierte en una especie de vacío maniquí en pose, la figura convencional de un “sahib”. Puesto que es una condición de sus leyes, el que deba pasarse la vida haciendo el esfuerzo de impresionar a los “nativos”, en toda crisis que se le presente se verá obligado a hacer aquello que “los nativos” esperan que haga. Lleva una máscara y su cara debe crecer para encajar en ella: Yo me veía obligado a matar al elefante. Me había comprometido a hacerlo desde el momento en que envié a buscar el rifle. Un “sahib” debe actuar como un “sahib”, está forzado a aparecer resuelto saber lo que quiere y decidir las cosas. Haber venido todo este camino, rifle en mano, con una multitud de dos mil personas pisándome los talones, para después volverme débilmente por donde había venido sin hacer nada: no: eso era imposible. La gente se hubiera reído de mi toda mi vida, la vida de todo blanco en Oriente, se debatía a través de una larga lucha para evitar que se rieran de él.

Pero yo no quería dispararle al elefante. Lo miraba engullir sus grandes porciones de pasto, luego de haberlas golpeado en sus rodillas con ese preocupado aire de matronas que tienen los elefantes y me parecía que sería un crimen dispararle. En aquellos tiempos yo no sentía ningún escrúpulo en matar animales, pero nunca le había disparado a un elefante y nunca quise matar uno. (De algún modo siempre parece peor matar un animal grande). Además, había que considerar la posición del dueño de la bestia: vivo, el animal representaba unas cien libras; muerto, apenas hubiera valido lo que sus colmillos, unas cinco libras. Pero me veía precisado a actuar rápidamente. Me volvía hacia algunos hombres que me parecieron experimentados y que habían estado allí a nuestra llegada y les pregunté cómo les parecía que se había estado comportando el elefante. Todos estuvieron de acuerdo: no tomaría en cuenta a nadie si se le dejaba en paz alejándose de él, pero, si uno se acercaba, podría atropellar.

176 Esto dejó perfectamente aclarado lo que yo debía hacer. Debía acercarme al animal a una distancia de —digamos— veinte metros y comprobar su comportamiento. Si se me abalanzara, dispararía, pero si se quedaba quieto, lo más seguro era dejarlo en paz hasta que volviera su dueño y se lo llevara. Pero a la vez estaba seguro de que no haría tal cosa. Yo era muy mal tirador con rifle y el suelo de barro era una base insegura. Si el elefante cargara y yo errara el tiro, yo tendría las mismas ventajas de un sapo bajo una aplanadora. Pero ni solo siquiera ante ese pensamiento me preocupaba mucho mi propio pellejo, sino la expectativa de las caras amarillas detrás mío.

Pues en ese momento, con la multitud vigilante a mis espaldas, no sentía el mismo miedo que hubiera sentido de haber estado solo. Un hombre blanco no debe sentirse acobardado delante de “nativos”; por eso generalmente no se acobarda. La sola idea que me dominaba era la de que si algo anduviera mal, estos dos mil birmanos iban a verme perseguido, atrapado, aplasta-

do y reducido a la misma figura estremecedora que había sido el pobre coolie de las colinas. Y que si esto sucediera, era muy posible que varios de ellos rieran. Esto era insoportable. Solo me quedaba una alternativa: metí los cartuchos en la recámara y me encaminé por la carretera para conseguir un puesto de tiro mejor.

El gentío quedó en silencio absoluto, mostrando una expresión de contento, calma y expectante, como la del público que ve que por último se levanta el telón para la representación. Después de todo iban a lograr tener su fiesta. El rifle era un hermoso modelo alemán con mira de cabellos en cruz. En aquél tiempo no sabía que para matar un elefante uno debe tirar para cortar una línea imaginaria entre ambos oídos; yo dirigí mi puntería unas pulgadas más atrás, donde supuse que debía hallarse el cerebro de la bestia.

Cuando accioné el gatillo no escuché el golpe ni sentí el chasquido —jamás se siente en verdad cuando el disparo acertó— sino que me ensordecí el endemoniado rugido de alegría que vino de la multitud. En ese mínimo instante —apenas el que durara la bala para internarse en el cuerpo de la bestia, un cambio estremecedor y misterioso se produjo en el elefante. No se había sacudido, ni cayó, pero cada línea de su cuerpo se había transformado. Se vió de súbito encogido, golpeado y de pronto pareció enormemente viejo, como si el poderoso impacto que lo alcanzara lo hubiese paralizado sin derrumbarlo. Por fin —en lo que me pareció un tiempo interminable, pero diría que no fueron más de diez segundos— se dobló blandamente sobre sus rodillas, Su boca babeaba. Una enorme senilidad fue apoderándose de su cuerpo. Se le podía imaginar una vejez milenaria. Volví a meter una bala en el mismo punto de mira. Después del segundo balazo no se derrumbó sino que se irguió sobre sus patas con desesperante lentitud para enseguida doblarse y dejar caer la cabeza. Disparé por tercera vez. Este fue el tiro que lo aniquiló. Uno podía percibir la agonia en el temblor que se apoderó de todo su cuerpo

y agotó los últimos recursos de energía en sus miembros. Pero al tumbarse, por un instante pareció elevarse, pues mientras sus patas traseras se derrumbaban, su parte anterior se levantó como una enorme roca que fuera a venirse abajo, irguiéndose trémulo hacia el cielo como un árbol. Por primera y única vez lanzó un gáñido levantando su trompa y luego cayó enseñándome su inmensa panza, con un estruendo que hizo temblar el suelo aún hasta donde yo estaba.

Me puse de pie. Ya los birmanos se amontonaban a mi alrededor metiéndose en el lodazal. Era obvio que el elefante no se levantaría más, pero aún no estaba muerto. Respiraba muy rítmicamente: con atronador jadeo, subiendo y bajando penosamente el gran túmulo de su costado. Su boca estaba completamente abierta —podía ver las cavernas rosa pálido de la profundidad de su garganta. Esperé un largo rato a que muriera pero su jadear no se debilitaba. Finalmente disparé mis dos últimos tiros hacia el punto en que calculé que estaría su corazón. La espesa sangre manó a borbotones de la herida como una tira de terciopelo rojo, pero todavía no moría. Su cuerpo ni siquiera se estremeció al recibir los últimos balazos y el torturante jadeo continuó sin pausa. Estaba muriendo muy lentamente, en atroz agonía, pero en un mundo remoto, tan lejano de mí que ni siquiera las balas alcanzarían a perturbarlo. Sentí que debía poner fin a este espantoso ruido. Me parecía espantoso ver postada a la gran bestia, tan impotente para moverse como para morir, y no tener la posibilidad de acabar con su dolorosa agonía. Envié a buscar mi winchester y descargué tiro tras tiro en su corazón y al fondo de su garganta, sin ningún resultado: su jadeo continuaba torturándome tan regular como la marcha de un reloj.

Por último, no pude sufrirlo más y me marché. Más tarde supe que aún demoró más de media hora para morir. Los birmanos habían estado acarreado cubos y cestas mucho antes de que yo abandonara la escena y me dijeron después que pelaron el cuerpo hasta los huesos, antes de que cayera la noche. Después, por supuesto, se entablaron interminables

discusiones acerca de la muerte del elefante. El propietario se indignó, pero era solo un hindú y nada pudo hacer. Por demás yo había procedido legalmente, pues un elefante loco debe ser muerto como un perro rabioso, si su amo no podía controlarlo. Entre los europeos las opiniones estuvieron divididas: los más viejos decían que yo había acertado; los jóvenes opinaban que era una maldita cosa matar un elefante porque hubiera muerto, a un coolie puesto que un elefante valía muchísimo más que cualquier bastardo coolie. Por otra parte, yo me sentía a salvo por el hecho de que el coolie hubiera sido aplastado, pues ello me ponía de parte del derecho y me ofrecía un pretexto bastante eficaz para justificar haber disparado a un elefante. A menudo me pregunto, si acaso alguien se habría dado cuenta, que lo había hecho sólo por evitar ser visto como un tonto.

George Orwell
Birmania 1936

(Traducción de Baica Dávalos)

George Orwell nació en India en 1903 y se educó en Etón.

177

Del 1922 al 1928 sirvió en la Policía Imperial Británica en Birmania. Los dos años siguientes los pasó en París, y luego se fue a Inglaterra como maestro de escuela. En el '37 se fue a combatir a España por la República y recibió heridas en una batalla. Durante la Segunda Guerra estuvo en el cuerpo de Home Guard en Londres. Después hizo periodismo con la BBC y publicó ensayos literarios en *Tribune* y *Observer*. Su libro de más éxito fue sin duda "1984". Antes había publicado "Rebelión en la Granja". Utopista impenitente, jamás estuvo con la corriente de ideas de su época y fustigó por igual a derechas e izquierdas. Sus ensayos le valieron a Henry Miller, su amigo personal; así como a Ernst Hemingway, el ser famosos desde muy jóvenes. Murió en Londres en 1950. Su más interesante obra de ficción con una fuerte carga autobiográfica es "Debajo y Fuera en Londres y París", completamente agotada en su versión argentina.

B.D.